

seno de la iglesia. Declarada otra vez la guerra entre el emperador y el rey de Francia, necesariamente se habia de resentir de ello la buena armonía del Concilio, donde se hallaban padres de las dos parcialidades. Quedó así suspendida virtualmente esta asamblea, y no volvió á reunirse otra vez hasta diez años despues, cuando llevaba ya Felipe II siete de reinado.

Así el Concilio de Trento no produjo efecto alguno en cuanto á la restitucion al seno de la iglesia de los protestantes de Alemania y otras partes. Estaba ya la escision muy decidida y pronunciada, y á demasiada distancia los principios de los disidentes de los adoptados como bases fundamentales por la iglesia. Era imposible que apagara el fuego ya tan encendido una asamblea, que no se reunia para examinar y discutir, sino para pronunciar y fulminar anatemas contra los que no adoptaban sus creencias. Entre tratados de tolerancia mútua y guerra abierta no habia medio. En cuanto á reformas en la disciplina de la misma iglesia católica no dejó de ocuparse de este asunto el Concilio como ya hemos visto; pero como objeto secundario. De la necesidad de estas reformas, como un punto de teoría, todo el mundo estaba convencido y penetrado; mas cuando se llegaba á la práctica se encontraban obstáculos insuperables. Unos no la querian verdaderamente por ser parte interesada. En otros heria y ofendia mucho su amor propio la consideracion de que se hiciesen estas reformas, cediendo á las exigencias y clamores de los mismos heresiarcas. Se mezclaban en estos negocios demasiadas pasiones y parcialidades. Los intereses mundanos y los religiosos se hallaban tan extrañamente ligados entre sí, que es muy difícil decidir la parte que verdaderamente pertenecia á cada uno. Los papas eran soberanos temporales al mismo tiempo que pontífices: en los demas príncipes subia y bajaba el fervor é intolerancia religiosa segun el barómetro de su política. No miraban precisamente el papa y Carlos V bajo un mismo aspecto las disidencias

religiosas de Alemania, ni podian por lo mismo convenir en los medios de extirparlas. De esta divergencia en las miras de los soberanos participaban por precision los mismos padres del Concilio. Así los hemos visto en completa discordia, marchándose los mas á continuar el Concilio en Bolonia, mientras se obstinaba en no salir de Trento una grande minoría.

### CAPITULO IX.

*Siguen las controversias y guerras religiosas en la época de Carlos V.—Enrique VIII de Inglaterra.—Ana Bolonia.—Cisma.—Movimientos en Escocia.—Asesinato del cardenal Beaton.*

**L**a gran revolucion, y este título merece la producida en Alemania por Lutero, tuvo un principio, como hemos visto, muy pequeño, y con visos de ridículo; á saber: la venta de las indulgencias. Uno mas extraordinario, y que hubiera sido imposible imaginar, dió principio en Inglaterra á movimientos de la misma clase, que produjeron casi iguales resultados. Era la Inglaterra eminentemente católica, y uno de los países en que la Sede apostólica tenia mas influencia. A excepcion de la faccion de los Lollardos, que fué disipada á principios del siglo XV, no habia tenido disturbios ni guerras civiles de un orden religioso. Enrique VIII, no solo era un príncipe ortodoxo en toda la extension de la palabra, sino hasta teólogo. Cuando estalló la heregía de Lutero, compuso, ó hizo componer un libro en latin, en que combatia sus doctrinas (1). El verdadero motivo de tal pu-

(1) La obra tiene este título: "Assertio septem Sacramentorum adversus Martinum Lutherum, edita ab invictissimo Angliæ rege et domino Hyberniæ Henrico ejus nominis octavo."



blicacion no hace actualmente nada al caso, mas se tuvo entonces por un gran refuerzo para las filas del catolicismo, cuando valió á su autor el título de defensor de la fé, con que fué recompensado por el papa. Este título de defensor de la fé, lo llevó el monarca aun despues de separado de la iglesia, y le trasmitió á sus sucesores, á excepcion de uno solo, todos protestantes. No trató Lutero con mas miramiento al rey de Inglaterra que al papa, y demas altas notabilidades de la iglesia. Atacó su libro con toda la virulencia, la mordacidad y el torrente de sarcasmos que entraban en sus argumentos, y el monarca replicó por sí mismo, ó por alguno á quien encargó de este trabajo. Tenia, pues, Enrique VIII cuantos motivos y compromisos le podian ligar con una causa; creencias, educacion, servicios hechos en su favor como campeón, amor propio llagado que curar como escritor; y si el papa podia contar con la adhesion de algun príncipe católico, debia de ser sin duda con el rey de Inglaterra. Mas el hombre es inconstante y veleidoso. Enrique VIII lo era en alto grado. Pocos príncipes fueron tan despóticos; mas tenaces en llevar adelante una resolucion; mas crueles cuando encontraban obstáculos sus caprichos, ó creia ajado su amor propio. Estaba este príncipe casado con Catalina de Aragon, hija de los reyes católicos, esposa de su hermano el príncipe Arturo, que falleció antes de la muerte de su padre. No se habia consumado este matrimonio, segun declaracion de la misma princesa; mas prescindiendo de esta circunstancia, otorgó el pontífice dispensa, para que Enrique se casase con la viuda de su hermano. Vivía el rey muy tranquilo en su conciencia, y este matrimonio habia dado por fruto, ademas de algunos varones que murieron en la infancia, á la princesa María, que despues fué reina. Entre las doncellas de honor que servian á su madre, se hallaba una llamada Ana Bouleyn, ó Boulén, ó Bolena, de singular belleza, de quien tuvo él la desgracia de prendarse. Vehemente en sus deseos, convencido de que para su satis-

faccion no habia mas camino que el del matrimonio (1), comenzó á formar escrúpulos sobre la validez y legitimidad del suyo, pareciéndole una especie de incesto estar casado con la viuda de su hermano. Algunos teólogos y cortesanos con quienes consultó, fueron de sus mismas opiniones, y el resultado fué acudir á Roma, solicitando una bula de divorcio. Se cree que el cardenal Wolsey, por vengarse del emperador Carlos V que le habia faltado á la palabra de sostenerle en sus pretensiones al pontificado, era uno de los agentes de estos escrúpulos de Enrique; mas eran sus designios enlazarse con una princesa de Francia, ignorando los verdaderos motivos y sentimientos del monarca. El pontífice, que lo era á la sazón Clemente VII, se vió en un grande apuro y en un terrible compromiso. Prescindiendo del caso en sí, conocia por una parte el carácter obstinado y violento del rey de Inglaterra; por la otra temia irritar al emperador, sobrino de la reina. Lo mas prudente que le sugirió su política fué ganar tiempo, creyendo que el amor del rey se entibiaria, y aflojaria por lo mismo en su propósito; pero Enrique, cada vez mas obstinado, tanto por la vehemencia de sus deseos, quanto por los artificios de Ana, llevó adelante, y del modo mas sério, su propósito. Pidió él al pontífice un juicio público que pusiese en claro su demanda; y para legitimar mas su pretension, mandó que se consultase el caso con los teólogos mas eminentes, hasta con la mayor parte de las universidades principales de Europa (2). La mayor parte de las respuestas fueron favorables al monarca. El papa por la suya, no pudiendo desentenderse de la peticion, comisionó la deci-

(1) Algunos autores enemigos de la reforma de Inglaterra, hablan de Ana Bolena como una mujer sumamente licenciosa en sus costumbres; mas se pueden muy bien atribuir estas exageraciones á desahogos de partidos. De todos modos, lo que en dicha dama faltaba de honestidad, lo hubo de astucia con el rey, cuando puso á tan alto precio sus favores.

(2) El caso parecia difícil: los unos citaban en su favor un texto del Levítico: los otros le combatian con otro del Deuteronomio.



sion del caso á dos legados , de los que era el uno el cardenal Campeggio , y el otro el mismo cardenal Wolsey , muy frio en el negocio ya , pues sabia la intencion del rey , y miraba con repugnancia el enlace proyectado. Se erigió con dichos cardenales una especie de tribunal eclesiástico , y se procedió á la audicion de entrambas partes. Repitió Henrique VIII su demanda , apoyándola en las mismas razones de conciencia que la primera vez ; mas la reina cuando fué llamada , declinó la jurisdiccion del tribunal , pidiendo ser oida y sentenciada en Roma , echándose al mismo tiempo á los pies del rey , implorando su favor , mas sin efecto. Sin embargo , se suspendió con este motivo el procedimiento , y la causa volvió á Roma. Se irritó Henrique con este contratiempo , que atribuyó á intrigas de Roma , y llegó á tanto su despecho que desgració á Wolsey , sospechado de Ana Bolena , de estar en connivencia con sus enemigos. En resolucion el papa , ó porque le repugnase acceder á una injusticia tan notoria , ó porque le arredrase incurrir en la indignacion de Carlos V , cada vez dió nuevas largas al negocio , mas no previó el resultado de su irresolucion que llevaba visos de su negativa. Llegó á su colmo el amor , ó la obstinacion , ó la indignacion del rey Enrique. El vínculo , que no quiso el pontífice anular , le rompió él mismo. Con toda pompa y solemnidad se desposó con Ana , y en lugar de mostrarse sumiso , arreglando este negocio con delicadeza y miramiento , negó su obediencia al papa , se declaró cismático á sí mismo y á la iglesia de Inglaterra , proclamándose su jefe y su cabeza.

Enrique VIII no dió por entonces mas pasos en la carrera de las innovaciones. Exceptuada la ruptura con el papa , se conservaron en su mismo pie las creencias , las ceremonias , las gerarquías y la disciplina de la iglesia. Con el tiempo dió otro paso. Por miras políticas , ó porque tentasen su codicia y las de sus cortesanos los pingües bienes de que gozaban algunos monasterios , se fueron disolviendo unos tras de otros , tanto los propie-

tarios como los simplemente mendicantes. Algunas innovaciones mas se hicieron en el personal y en las rentas del clero secular ; pero en rigor el gran cambio , la grande variacion , era la independenciam de la corte de Roma , y la admision de otra cabeza de la iglesia.

Todas estas innovaciones las hizo el rey por medio del parlamento , instrumento de todas sus voluntades y caprichos , como lo fué bajo la dominacion de los Tudores. Los pares habian perdido mucho de su preponderancia. La cámara baja lo era entonces en la cosa como en la palabra. Se reunia para votar subsidios é imponer contribuciones ; mas no se le daba parte , ni se le permitia mezclarse en los grandes negocios del estado. Ademas , en el despojo de los ricos monasterios resultaban muchos gananciosos. No faltaron disturbios y serios alborotos en el pais con motivo de estas invasiones. Mas se las habian con un rey duro , inflexible , tan despótico en materias religiosas como en las políticas. Expiaron entre otros en un cadalso el famoso canceller Moro y Fischez , obispo de Rochester , por el delito de no ser de las opiniones del monarca. En adelante fué mirado como un crimen de rebeldia y de traicion el no rendir homenaje al nuevo papa : como crimen de irreligion querer introducir las novedades , que esparcia la reforma en otras partes. Se mostró despues de su cisma Enrique VIII tan enemigo de Lutero como cuando escribia contra él su defensa de la fé ; y los reformadores , que á favor de esta novedad creyeron llegado el momento favorable de introducir en Inglaterra sus doctrinas , se llevaron un gran chasco. Algunas hogueras se encendieron en expiacion de heregias ; y Enrique VIII , siempre amigo de lucir su habilidad como teólogo , disputó en público con algunos hereges , y no pudiéndolos convencer los condenó al suplicio.

Durante la vida de este rey pocos mas pasos que los indicados hizo la reforma. La Inglaterra era cismática ; mas arreglada en todo lo demas á lo que observaban los



de la religion romana. Sin embargo, se iba preparando el terreno para otros frutos, cuyo gusto no podia menos de irse introduciendo á pesar de las severas medidas del monarca. Roto el yugo de la autoridad de Roma, precisamente se habian de deducir ulteriores consecuencias. Asi en el reinado de su sucesor Eduardo VI á la ruptura de este vínculo, se siguieron poco á poco las innovaciones que tenian lugar en Alemania, en Suiza y otras partes. Mas como este reinado fué corto, y en el siguiente, que fué el de Maria, volvió Inglaterra á reconocer la autoridad de Roma, no se arregló definitivamente la iglesia reformada de Inglaterra, hasta el reinado de Isabel, sucesora de Maria, como lo haremos ver á su debido tiempo.

En Escocia se habia introducido el luteranismo el año de 1528; mas fué desde un principio perseguido. Expió en un cadalso sus nuevas doctrinas Patricio Hamilton, que fué el primero que trató de propagarlas, y seis años despues tuvieron otros siete mas la misma suerte. Enrique de Inglaterra, aunque enemigo del luteranismo, trató de introducir en Escocia sus nuevas opiniones, é instó al rey Jacobo V á que le imitase declarándose jefe de la iglesia, apoderándose de sus bienes; mas se resistió Jacobo, y continuó haciendo ejecutar los decretos rigurosos que se habian expedido contra los innovadores. Irritado Enrique, declaró la guerra á Escocia, y entró en la frontera con un ejército, que destruyó al de Jacobo, cuya muerte siguió muy pronto á este desastre en 1542.

Dejó este rey por única heredera á una niña que acababa de nacer, y fué con el tiempo la célebre y desgraciada Maria Stuarda. La reina viuda Maria de Lorena era hermana de los Guisas. Se formaron con este motivo dos partidos ó facciones en Escocia; uno francés y otro inglés, apoyado el primero por los Guisas y la corte de Francia: el segundo por Enrique VIII. Propendian los protestantes por el último, pues á pesar de los supli-

cios y persecuciones, cada vez iban tomando nuevo cuerpo sus doctrinas. A la cabeza del partido francés ó católico se hallaba el cardenal Beaton (arzobispo de San Andrés), que influia mucho en la persecucion de los innovadores. La regente Maria de Guisa se conducia por los consejos de sus hermanos, hombres duros, acérrimos enemigos de los protestantes.

La princesa Maria era un objeto de codicia para las dos cortes. La queria Enrique II, rey de Francia, para el Delfin, y el de Inglaterra para su hijo Eduardo. Repulsado éste en sus pretensiones, envió otro ejército á la frontera que causó bastante estrago en un principio, mas que fué en seguida derrotado. Murió entre tanto el rey de Inglaterra, mas continuaron las hostilidades, y los ingleses ganaron la batalla de Pinki, que produjo pocos resultados. Al menos no impidió que la corte de Escocia llevase á efecto su idea de enlazar á Maria con el hijo primogénito de Francia.

Al abrigo de estas discusiones crecia el protestantismo en el pais; el cardenal Beaton acababa de ser asesinado en su mismo palacio por hombres que quisieron vengar el suplicio de un predicador llamado Wishert, sentenciado por un tribunal eclesiástico organizado y presidido por el arzobispo. El partido francés, que para apoyar mejor sus pretensiones habia hecho venir de Francia un cuerpo de ocho mil hombres, se hacia cada dia mas odioso, y los protestantes se consideraban como del partido nacional. Entre ellos se levantó un hombre llamado Juan Kuox, de genio y de saber, cuya austeridad de costumbres, fogosidad de carácter, impavidez en tronar contra la corrupcion de la iglesia católica, y todos los medios de una elocuencia popular, arrastraba tras si la muchedumbre, y se constituyó en jefe y apóstol de la nueva secta. La pugna entre ambas iglesias se iba haciendo cada vez mas seria; mas los conflictos á que dió lugar pertenecen al tiempo del reinado de Felipe.